

CUESTIONES DISPUTADAS

Se ha señalado a menudo que la Revolución Mexicana se acompañó, en el campo de la cultura, por un cobro de conciencia de la propia realidad y un intento de crear nuevas formas culturales que expresaran características nacionales. En la década de los cuarenta aún era dominante la tendencia a fundar muchas expresiones del pensamiento, la literatura y el arte en el descubrimiento de las características del mexicano o de "un estilo de vida" nacional. Esas tendencias estaban sin duda asociadas, directa o indirectamente, a preocupaciones nacionalistas. Cual-

quier observador puede advertir un cambio significativo en los últimos años, especialmente en las nuevas generaciones, para quienes el nacionalismo cultural parece haber perdido su atractivo, al menos como programa para guiar la creación.

¿Quiere esto decir que las preocupaciones nacionalistas no constituyen ya un factor importante en la creación cultural y que éste puede disorciarse de ellas?

¿O acaso esas preocupaciones buscan ahora expresarse en formas nuevas y cobran otro sentido? En suma:

¿El nacionalismo cultural ha terminado o antecederá a una nueva etapa?

FERNANDO SALMERÓN
NO UN PROGRAMA, SINO
ACERCAMIENTO A
PROBLEMAS CONCRETOS

Cuando se trata de las relaciones entre el nacionalismo y la actividad intelectual, conviene tener presente una distinción. De un lado, la utilización o la referencia a los temas concretos de circunstancia que suele darse en las creaciones intelectuales, lo que se ha llamado a propósito de la literatura el "contenido social". De otro lado, aquella actitud que parte de un programa, de una intención de hacer presentes ciertas notas de color local, de dar expresión a ciertas características que se tienen por nacionales. Esta actitud, que suele subordinar al cumplimiento de su programa cualquier otro valor artístico o intelectual, es la que merece más estrictamente el nombre de nacionalismo.

Las interrogaciones que nos presenta la *Revista de la Universidad de México* parecen referirse a esta actitud nacionalista que efectivamente dominó muchos campos de nuestra vida intelectual hasta fechas recientes. No puede decirse que la preocupación por el color local sea completamente nueva entre nosotros, porque podrían hallarse antecedentes incluso antes de la independencia política de México. Pero como programa generalizado de creación intelectual es relativamente nuevo y responde realmente a un cierto momento de la vida política y social de México en los años inmediatamente posteriores a la lucha armada de la revolución mexicana. El lapso que va de los años 20 a los años 50 marcó el apogeo de estas tendencias nacionalistas. Poco a poco aquel impulso perdió espontaneidad y cambió un cierto tono defensivo y reivindicador por otro más superficial y suficiente que comenzó a presentarse como receta obligada. Por fortuna, las generaciones nuevas parecen haberlo abandonado definitivamente.

De ninguna manera pensamos que el nacionalismo como programa constituya un factor importante en la creación cultural. No dudamos tampoco que, dentro de esa corriente, se hayan producido obras de mérito. Tal cosa es posible a pesar del programa, cuando el impulso creador sobrepasa los propósitos y cuando se alimenta en forma originaria de los problemas concretos de la circunstancia y se comporta frente a ellos con autenticidad.

En relación con la filosofía cabe añadir un par de líneas. La reflexión filosófica, que entre nosotros ha tenido siempre una patente dependencia respecto de toda transformación social y política, tuvo también un lugar en ese movimiento nacionalista, pero hay que reconocer que en sus últimas expresiones fue mucho más lúcida. En su intento había, por encima de todo, un propósito de acercarse a los problemas concretos y un desdén para la improvisación personal y para las concepciones puramente especulativas; había además un intento de cooperación sistemática, de colaboración intelectual en el estudio de la historia social y cultural del país y de las formas de comportamiento más características de los mexicanos. Y todo esto, presidido menos por el afán de crear una "filosofía mexicana" que por el interés de desterrar el falso sentimiento de singularidad que se alimentaba precisamente con el nacionalismo. La reflexión filosófica quiso abrir los caminos para superar las limitaciones de una actitud provinciana y establecer la comunicación con los hombres de todas las naciones. Pero su intento no se hizo suficientemente claro en ese momento y su esfuerzo se perdió en el entusiasmo retórico de aquellos años.

VÍCTOR FLORES OLEA:
CONCIENCIA NACIONAL
A TRAVÉS DE
LA UNIVERSAL

Prefiero mencionar el problema del nacionalismo en el aspecto político. Espero que sean evidentes las implicaciones culturales de esta referencia.

Un primer hecho: el nacionalismo ha tenido un significado ambivalente, para no ir más lejos, en los últimos cincuenta años de nuestra historia. En la etapa de la revolución "activa", significó afirmación del propio ser nacional frente a los controles y la dependencia externa; era el elemento sustantivo de nuestras transformaciones internas sobre bases autónomas. En este sentido, nacionalismo significa encuentro, constitución y defensa de la nación, y por eso mismo encuentro y solidaridad con los demás pueblos: universalización del mexicano.

Sin embargo, a medida que la nación se "condensa" en ciertos grupos y que el interés nacional se identifica con los intereses de clase, el nacionalismo se convierte en vehículo de provincianismo y aislamiento. En negación de la solidaridad y del reconocimiento de otros derechos, otras luchas y otros pueblos. En el primer

caso, fue el mejor camino de la universalidad; en el segundo, es la expresión pedante y retórica de la autosuficiencia, del exclusivismo y de la falta de canales de comunicación (todo lo que no es nuestro, es "exótico").

A todas luces ésta es hoy la manipulación que se hace del nacionalismo. Por eso quienes lo reivindicaban en el aspecto cultural deberían meditar en el cambio de los tiempos. Si en la etapa "transformadora" de la revolución es una actitud de progreso, en ésta "institucional" corre el peligro de ser estrictamente una idea conservadora. En estas condiciones, el nacionalismo cultural a ultranza significa la apología del *status*; el conformismo y el rechazo de cualquier revisión profunda de nuestras estructuras económico-sociales, y de los términos en que hoy debe plantearse cualquier transformación futura.

Sin embargo: ¡atención! Decía que el nacionalismo ha sido ambivalente. Me viene a la memoria un número de *Life* de hace varios meses dedicado a México, en que se presenta la batalla cultural contra el nacionalismo como el preludio de una etapa en que nos convertiremos en tierra de conquista. Destruídas raíces nacionales —ésta era, en definitiva, la versión de aquella revista—, nos hacemos "disponibles": el fin del nacionalismo en México se presentaba como el ofrecimiento de nuestro ámbito nacional y cultural a la penetración externa. (Algo así como el reconocimiento implícito de las "virtudes" del imperialismo.)

Debemos protestar contra esta falacia que consiste en presentar el esfuerzo de universalización de quienes en México trabajan en el campo del arte y de las ideas, como una disponibilidad para la dependencia y el dominio externos. Y quienes trabajan en ese campo y en esa dirección, deben también ser muy conscientes de los peligros que entraña la interpretación mistificada de este esfuerzo. La ruptura con el nacionalismo —el de la retórica y las conmemoraciones— se debe a su carácter asfixiante y falso, a que nos confina y aísla, a que hace imposible la comunicación y, en definitiva, a que falsifica nuestro propio ser nacional (reducido a intereses privados). Es la conciencia de que la particularidad nacional sólo se conquista en lo universal, en la comunión.

Diría que la ruptura con el nacionalismo de cartón significa el esfuerzo por abordar mucho más radicalmente los problemas nacionales, en primer lugar porque se les reconoce como problemas no "exclusivos", como universales y comunes a todos los hombres. Así, la ruptura con esta caricatura del nacionalismo no puede ser interpretada como el ofrecimiento de México al mejor postor, sino como el esfuerzo más serio de los últimos tiempos para reconstruir una tradición que, siendo propia, nos liga a los demás pueblos. O si se quiere, como un encuentro de los propios valores a través de los valores, las preocupaciones y problemas de los otros hombres. En este sentido, la identidad *pasa* necesariamente por la diversificación y la crítica radical de lo que nos es propio y ajeno.

1. Una aclaración semántica: entiendo que "nacionalismo" en México ha significado —más que un concepto abstracto opuesto a lo "universal" o, como hoy se diría, "planetario"— una actitud de imponer reglas a la obra ajena y de justificar su rechazo cuando la negación no puede cumplirse en términos estéticos. Restricción de la libertad, anhelo de empobrecimiento y monocultivo, este dogma nacionalista se ha vuelto una curiosidad histórica, sufre absoluto descrédito y se considera un empecinamiento reaccionario que opone la inmovilidad, la rigidez, al cambio permanente de las expresiones artísticas. Este aislacionismo, esta nostalgia de la muralla china ha sido nuestro realismo democrático-burgués, el camino pacífico hacia la congelación y la retórica.

(Por lo demás, la noción de nacionalismo es una "idea exótica". Las "metáforas militares" con que ha sostenido su batalla —"afrancesados", por ejemplo— son términos neoclásicos provenientes de la época en que España sufrió la invasión napoleónica.)

Hay un texto de Reyes particularmente aclarador de este problema: *A vuelta de correo*. Se impugna ahí la fiebre, el prurito de declararnos a nosotros mismos en estado de bloqueo espiritual, y se hace una pregunta definitiva: ¿De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de lo demás?

2. Creo, si puede generalizarse, que las nuevas generaciones rechazan el nacionalismo precisamente "como programa para guiar la creación". La actitud nacionalista —igual que el "compromiso"— ha de ser elección y no exterior decreto impositivo. (Tampoco puede expedirse una ley totalitaria que prohíba a un artista ocuparse de los temas que fueron gratos al nacionalismo: la novela rural, la pintura de la lucha revolucionaria, la poesía sobre la provincia, y hoy parecen ya exhaustos. Como siempre, lo que se juzga son los resultados.)

3. Hay que insistir, sin miedo al lugar común, en que los artistas surgidos en años recientes ya no se plantean el problema nacional en los términos asfixiantes de hace treinta años. Aunque son contemporáneos de la llamada "explosión en las comunicaciones" y asisten a la creciente uniformidad en el aspecto físico, arquitectónico, urbano, del mundo occidental —uniformidad impuesta por la imagen rampante de los Estados Unidos— nuestros artistas saben que cuanto pinten, compongan, escriban... se hallará fatal, inexorablemente determinado por su condición de mexicanos; pero que no hay razón alguna para que no dispongan de lo que pertenece a todos los hombres —y así, convirtiendo, *nacionalizando* esas "influencias" enriquezcan con sus propios matices la tradición de la cultura mexicana.

Negar esta evidencia es asumir voluntariamente el aldeanismo, el subdesarrollo, el síndrome del colonizado. *Nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos*. La única forma —vuelvo al lugar común— de defender la cultura mexicana es trabajar lo mejor posible las obras individuales, diversificar las corrientes, las tendencias, los juicios, las opiniones, y aun las polémicas jubilables como esta fatigosa querrela sobre el nacionalismo.



Posada: La matraca

JOSÉ EMILIO PACHECO ELECCIÓN PERSONAL Y NO DECRETO EXTERNO



Posada: Juan sin miedo